

El Centenario de la Diócesis de Medellín

Por el Excmo. Sr. Tulio Botero Salazar

I. INTRODUCCION

Por una coincidencia providencial, el primer centenario de la Diócesis de Medellín ocurre dentro de la atmósfera de renovación que agita a la Iglesia después del Concilio Vaticano II, así como su iniciación se verificó en los momentos en que se daba principio a la celebración del Concilio Vaticano I. En efecto, el 14 de febrero de 1868 Pío IX decretó la erección de la Diócesis, en junio de ese mismo año fue consagrado su primer obispo, el 1º de agosto fue ejecutada la Bula por el Ilustrísimo Señor Vicente Arbeláez, Arzobispo de Bogotá, y el 8 de diciembre fue inaugurada solemnemente. Era precisamente el año en que el Pontífice promulgaba la Bula convocatoria del Concilio.

El 8 de diciembre de 1868 tomó posesión de la Diócesis Monseñor Valerio Antonio Jiménez con la celebración de una fiesta en honor de la Purísima Concepción de María, que hizo época en los anales religiosos de la ciudad. Quiso el Romano Pontífice al decretar que la catedral que habría de construirse fuera dedicada a la Inmaculada Concepción, que la Santísima Virgen, que había cumplido la misión maternal de cuidar la cuna de la Iglesia naciente, rodeada de persecuciones y dificultades, tomara también bajo su protección y cuidado la Diócesis de Medellín, que iniciaba su vida en momento de incertidumbre política, de negación de sus derechos, de persecución y destierro de sus sacerdotes, de usurpación de sus bienes y entramamiento de su misión apostólica.

Plugo a Dios poner al frente de la Diócesis, como primer obispo, al Ilustrísimo Señor Valerio Antonio Jiménez, modelo de prudencia, de previsión, de abnegación y entereza, que al peso de los años y de las dolencias corporales sumó la preocupación de organizar la nueva silla episcopal con tal celo y eficacia, que hoy, pasados cien años, estamos todavía recogiendo los frutos de su labor ejemplar. Es imprescindible, por tanto, rendirle ahora un tributo de admiración y gratitud y sirvan para ello las palabras que pronunció el Ilustrísimo Señor Manuel Canuto Restrepo en el acto de inauguración, ese memorable 8 de diciembre: "Era preciso darle un pastor a esta iglesia, un prelado con-

forme a las ideas y al corazón del pueblo antioqueño y el Santo Padre acceda. Del seno de ese mismo pueblo sacó un prelado, y de uno de sus sacerdotes un apóstol, y coloca al hijo por pastor de su propia madre. Allí tenéis al obispo, un compatriota, un amigo, un hermano, un padre, un pastor. Un sacerdote que cuenta una larga carrera de servicios a la Iglesia y a la Patria, y cuyos precedentes honoríficos garantizan un glorioso porvenir a la Iglesia y al Estado" (1).

Sería imposible hacer un recuento histórico completo de esta primera centuria de la Diócesis, dentro de los límites estrechos de una carta pastoral. Sacerdotes especialistas en la materia han estado elaborando conforme a nuestros deseos, una historia de esta silla episcopal. Y, aunque no sería indicado hacer un panegírico triunfalista, sí es "digno, justo y necesario" hacer un balance de los frutos abundantes y extraordinarios que nos ha tocado cosechar, según aquellas palabras del Libro de Tobías: "Es glorioso pregonar las obras de Dios" (2).

Ciertamente, lo que ahora tenemos es obra de nuestros antepasados, es la herencia espiritual que ellos nos legaron. Por un beneficio especial de Dios ha tocado a nosotros recoger los frutos del campo, que otros sembraron y abonaron con sus sudores y fatigas.

II - NUESTRO PREDECESORES

Para convencernos, volvamos los ojos atrás y veremos a ese venerable anciano **Valerio Antonio Jiménez** encorvado por los años y minado por la enfermedad, recorrer por caminos difíciles todos los campos y pueblos de la Diócesis, organizando las vicarías foráneas, afirmando la fe, esparciendo la semilla evangélica fecundada con sus sufrimientos, consolidando la caridad, propiciando la reconciliación de los hermanos distanciados por la lucha política, promoviendo la paz y "haciéndose todo para todos" (3), a fin de ganarlos para Cristo.

Al erudito Monseñor **José Joaquín Izaza**, propulsor y alma del primer Sínodo Diocesano, defendiendo los derechos de la Iglesia, organizando la catequesis, propagando la devoción mariana y la frecuencia de los sacramentos.

Al perseguido Monseñor **José Ignacio Montoya**, peregrino apostólico, que desde las montañas alienta a sus hijos a permanecer fieles en la fe y a mostrarse miembros esforzados de la Iglesia; que concurre a la fundación del Asilo, de la Casa de Huérfanos y de la Sociedad de San Vicente de Paúl, y pagando mal con bien, aprovecha su destierro para traer a las Hermanas de la Presentación y arreglar la venida de los Hermanos Cristianos.

1) — Ramírez Urrea, Ulpiano, "Historia de la Diócesis de Medellín", primera parte, p. 9.

2) — Tobías XII, 7.

3) — I Cor. IX, 22.

Al benemérito Monseñor **Bernardo Herrera Restrepo** que da al Seminario altura académica, formación disciplinaria y ese aliento de piedad que han hecho de este claustro una gloria de la Arquidiócesis y de la Iglesia colombiana; y que, convencido de que por medio de la liturgia “se ejerce la obra de nuestra redención”, propende por la dignidad y esplendor del culto externo para que así “los fieles expresen su vida y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia” (4).

Al laborioso Monseñor **Joaquín Pardo Vergara**, apóstol de la devoción a la Santísima Trinidad, que propicia la fundación del Colegio de La Enseñanza, trae a las Madres del Buen Pastor para el cuidado de las reclusas y sortea con prudencia las dificultades y los odios políticos, dejados por la guerra de los mil días.

Al nunca olvidado Monseñor **Manuel José Cayzedo** que, a la vez que construye la catedral y dota al Seminario de un edificio moderno, propaga la devoción del Sagrado Corazón de Jesús, de Nuestra Señora del Carmen y del Santo Rosario, y da a la Arquidiócesis la configuración que hoy ostenta, logrando que la fe se aúne con la indomable energía del pueblo antioqueño, el cual si sabe encallecerse las manos impulsando el progreso y el desarrollo materiales también sabe juntarlas para orar y con ellas levantar templos, erigir imágenes sagradas por todos los rincones de la Diócesis y socorrer a los menesterosos, enfermos, huérfanos, ancianos y desamparados. Obras como el Hospital de San Vicente de Paúl, las Salas Cunas, el Orfanato de San José, las Escuelas Populares Eucarísticas y el Patronato de Obreras tuvieron apoyo decidido de Monseñor Cayzedo. Y quedan como testimonio evangélico y apostólico de su labor episcopal, sus admirables cartas pastorales.

Al manso, comprensivo y paternal Monseñor **Tiberio de J. Salazar**, que al desempeño de las tareas pastorales une la preocupación por la educación y, mirando intuitiva y sagazmente el futuro, enoja a la Arquidiócesis con dos Institutos que son un monumento imperecedero a su memoria: la Universidad Pontificia Bolivariana y la Escuela Normal Antioqueña de Señoritas, de cuyos frutos están agradecidas la Iglesia y la Patria.

Y, finalmente, al piadoso Monseñor **Joaquín García Benítez**, promotor de la espiritualidad del clero, animador de toda empresa apostólica, creador de la Organización Católica Social Arquidiocesana (OCSA), hecho pobre con los pobres, generoso y desprendido, pastor celoso, predicador incansable con el ejemplo de una vida sin tacha, cuyas virtudes perfuman todavía el ambiente de esta circunscripción eclesiástica.

Y, como colaboradores infatigables de tan ilustres prelados, recordemos a esa pléyade de sacerdotes que nos precedieron en la faena apostólica, héroes desconocidos, bastiones de la fe que sin rehusar sacrificios, dieron la vida por sus ovejas, “combatieron el buen combate, consumaron su carrera, guardaron la doctrina” (5), y “llevando en alto

4) — Concilio Vaticano II, “Constitución sobre la Sagrada Liturgia”, 2.

5) — II Timoteo, IV, 7.

la palabra de vida" (6) nos entregaron el patrimonio espiritual que a nosotros ha tocado disfrutar.

Cómo vienen a nuestra mente en esta ocasión las palabras de Cristo cuando mostraba a sus apóstoles la multitud de habitantes de Siquem, que venían a su encuentro movidos por la narración de la Samaritana: "Alzad vuestros ojos y contemplad los campos que ya blanquean para la siega... Porque en esto es verdadero el proverbio, que uno es el que siembra y otro el que siega. Yo os envío a segar lo que no trabajasteis; otros lo trabajaron y vosotros os aprovecháis de su trabajo" (7).

II. - FE Y VIDA CRISTIANA EN ESTA PRIMERA CENTURIA

Con razón se ha dicho que "ser cristiano es ser creyente". La fe es la respuesta que el hombre da, con entera libertad, a la revelación que Dios hace cuando se pone en comunicación con su criatura por medio de Cristo. Tener fe es, pues, entablar un diálogo con Dios, es creer a Cristo; es aceptar el mensaje que El nos trae de parte de su Padre; es tener una vinculación personal con Dios, fuente de luz, que en su Hijo nos permite participar de la riqueza de su verdad. Dios toma la iniciativa en este encuentro personal y habla mediante su revelación; el hombre, con la ayuda de la gracia, oye esta voz divina y le da respuesta por medio de la fe. En una palabra: Dios se abre al hombre con su revelación en Cristo, y el hombre se abre a Dios con la fe.

Más la fe no es solo una cuestión de la inteligencia o de la voluntad, sino que trae consigo exigencias que comprometen la conducta del hombre. La fe es una respuesta a una verdad exigente, que pide al hombre comprometerse. La fe es el requisito y el comienzo del seguimiento de Cristo. "La fe que no tiene obras, dice Santiago, es de suyo muerta" (8).

El anhelo de renovación cristiana que ha promovido el Concilio Vaticano II nos ha llevado a hacer un examen de conciencia para conocer si nuestro cristianismo ha sido un mero barniz externo de religiosidad, o si, en cambio, ha influido en la vida de los fieles transformando sus costumbres, alimentando una piedad sincera y haciendo de ellos hombres comprometidos con Cristo. La profundización de las enseñanzas del Evangelio, el mejor conocimiento del alma humana y la utilización de los medios modernos de investigación, que nos han revelado el comportamiento humano en el campo socio-religioso, nos han dado la oportunidad de comprender mejor "la profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia" evangélica (9), y el compromiso que su aceptación conlleva de parte de los miembros del Pueblo de Dios.

6) — Filipenses II, 16.

7) — San Juan IV, 35, 37 y 38.

8) — Santiago II, 17.

9) — Romanos XI, 33.

Fueron nuestros antepasados, los hermanos que en la Arquidiócesis nos precedieron en la fe, hombres comprometidos con Cristo? O en ellos el cristianismo no fue más que una religiosidad externa, sin influjo en sus costumbres, en su vida total? Podrá decirse con pesimismo que hemos tenido muchos bautizados pero pocos cristianos?

Cristo mismo nos dejó la norma en que debemos apoyar nuestro juicio: "Todo árbol bueno da buenos frutos... No puede un árbol bueno dar malos frutos... El árbol por los frutos se conoce" (10). Un examen de los frutos de la vida cristiana en esta primera centuria de la Arquidiócesis nos da un balance positivo muy halagador.

Fijemos nuestra atención, en primer lugar, en nuestros hogares. La familia, como comunidad ideal, es llamada por el Concilio Vaticano II "la Iglesia doméstica en la cual los padres son para los hijos los primeros predicadores de la fe" (11). La familia es la primera escuela en que se dan lecciones, se forman hábitos y se crea el clima para el cultivo de todas las virtudes; en ella se decide si la vida espiritual, la religión y la oración frecuente, tendrán eficiencia en la conducta cotidiana del cristiano.

Además de la herencia corporal y material, hay en la familia un legado invisible y misterioso que se transmite de padres a hijos: es el patrimonio espiritual, es el espíritu de familia, es la tradición que se manifiesta en las costumbres, en la manera de obrar y en los hábitos, regulado todo por una serie de principios que definen un ideal de vida y que son el código moral que no se escribe, ni se expresa de otra manera, sino que existe en la tradición del hogar.

Mirada en conjunto la familia antioqueña revela una robusta vitalidad cristiana, cuyos frutos, tan abundantes y excelentes, llenan de alegría el corazón y nos recuerdan las palabras del Señor: "Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis" (12). Porque, en verdad entre nosotros la familia ha sido una célula de activísima vida cristiana. Cómo reconforta el alma volver los ojos a aquellas escenas familiares, de que fuimos testigos en nuestros hogares, y que sólo se explican como efecto de ese patrimonio religioso transmitido de generación en generación; ese afán de nuestros antepasados de bautizar sin demora al recién nacido para elevarlo a la categoría de hijo de Dios; esa presentación en el templo para entregar al pequeño al cuidado de la Madre celestial; esa preocupación porque el niño aprendiera, antes que todo, a balbucir oraciones y a hacer la señal de la cruz; ese interés en la enseñanza del catecismo y en la formación de la piedad; ese esmero en la preparación de la primera comunión; esa asistencia comunitaria de padres e hijos a la Santa Misa, a escuchar la palabra divina, a visitar al Santísimo Sacramento; esa frecuente recepción de los sacramentos; esa plegaria del Santo Rosario, distintivo de Antioquia; esa resignación cristiana; esa

10) — San Mateo, VII, 17-18; XII, 33.

11) — Constitución *Lumen Gentium*, 2.

12) — San Lucas X, 25.

solidez del matrimonio; en una palabra, esa piedad sincera, esa fe profunda, esa atmósfera de cristianismo que invade el ambiente.

IV. - FRUTOS CRISTIANOS DE LA VIDA PARROQUIAL EN LA PRIMERA CENTURIA

La parroquia, al sentir de Pío XII, es “la comunidad de vida cristiana, comunidad de proporciones abarcables, de modo que el pastor pueda conocer a sus ovejas, y las ovejas al pastor”.

La parroquia es imagen y célula de la Iglesia universal, que refleja y reúne en un micro-organismo la vida de la Iglesia entera. La parroquia es el territorio en donde el misterio de la Iglesia se hace visible a los fieles de una manera más concreta e inteligible.

Alrededor del templo parroquial se aglutinaron los pueblos y los barrios de nuestras ciudades. Este acercamiento material no era otra cosa que la expresión externa del anhelo de unión espiritual, de conformar la comunidad parroquial, cuya manifestación genuina es la asamblea de los fieles congregados alrededor de la mesa del altar, para participar de un mismo alimento espiritual, sentirse miembros de un mismo cuerpo y elevar conjuntamente una misma plegaria y constituir así lo que es la esencia de la parroquia: una comunidad de fe, una comunidad de culto y una comunidad de caridad.

Comunidad de fe. — La fe, como realidad sobrenatural, es el fundamento y el alma de la parroquia. Por ella, los fieles se sienten unidos a toda la Iglesia, miembros del Cuerpo místico de Cristo y “en unión de todos los santos” según la expresión paulina (13), es decir de todos los que han sido incorporados a Cristo con el bautismo, constituyen el Pueblo de Dios, oran a un Padre común y peregrinan por la tierra en busca de un ideal: ser ciudadanos del Reino de Dios.

Nuestras parroquias han constituido una auténtica comunidad de fe. Qué otra cosa han hecho a través de esta centuria, sino impulsar a los fieles para que vivan la realidad de hijos de Dios y cooperen en la edificación del Cuerpo de Cristo? No es acaso símbolo de esa comunidad de fe la adhesión sin reticencias y la devoción al Romano Pontífice? No han sido nuestras comunidades parroquiales una realización viva y actuante de la vida de Cristo, con su religiosidad sincera, con su piedad sólida, con su caridad ejemplar, con su celo misionero, con su sentido apostólico? No han sido, en fin, comunidades de creyentes que viven el ideal cristiano de alcanzar la salvación?

Comunidad de culto. — Igualmente, nuestras parroquias han sido una comunidad de culto.

Es en la celebración eucarística en donde se realiza con perfección el misterio de la Iglesia, pues, como anota el P. de Lubac, “si la Iglesia hace la Eucaristía, la Eucaristía hace la Iglesia, porque en la celebración eucarística la Iglesia entera es, en el sentido más inten-

13) — Efesios III, 18.

so, acontecimiento de salud" (14). Es, por tanto, acertado afirmar que en donde está la Eucaristía allí está la Iglesia, y en donde está la Iglesia allí está la Eucaristía.

La Iglesia es efecto de la Eucaristía porque ésta realiza la unidad del Cuerpo Místico de Cristo.

La Iglesia está presente en la parroquia principalmente por la Eucaristía que en ella se celebra. Así afirma el Concilio Vaticano II: "Ninguna comunidad cristiana se edifica si no tiene su raíz y quicio en la celebración de la Santísima Eucaristía, porque debe consiguientemente, comenzarse toda educación en el espíritu de comunidad" (15).

El acto principal de la liturgia es la celebración eucarística porque en la primera parte se recibe, con la lectura de la Sagrada Escritura, al Verbo como Palabra; y en la segunda, al Verbo como Carne, y porque en ella se realiza la unidad profunda de los fieles con Cristo y de los fieles entre sí.

Signos externos de esta unidad son el beso de la paz, el diálogo que el celebrante inicia con las palabras: "El Señor esté con vosotros", y a las cuales responden los fieles: "Y con tu espíritu", y la expresión "Amén" con que la asamblea ratifica la acción sacerdotal.

Que nuestras parroquias han sido en grado eminente comunidades eucarísticas lo demuestran la frecuentísima asistencia de los fieles a la Santa Misa, cuyo alto índice —tal como lo revelan investigaciones recientes— ha superado los cálculos más optimistas; la recepción diaria de la Sagrada Comunión; la devoción de los primeros viernes; el esplendor de las solemnidades del Corpus Christi, de las Cuarenta Horas y de la procesión mensual de Renovación; la asiduidad con que nuestras mujeres cumplen con la obligación, libremente aceptada, de visitar cada día al Santísimo Sacramento, como miembros de la adoración reparadora; la generosidad con que nuestros hombres sacrifican las horas de descanso para acompañar al Señor expuesto solemnemente en la noche del primer jueves de cada mes; la piedad con que se acompaña la comunión de los enfermos; y hasta el mismo hecho arraigado en la conciencia popular de considerar el Jueves Santo como uno de los días más solemnes de la Semana Mayor, porque en él se conmemora la institución de la Sagrada Eucaristía, y la abstención voluntaria del trabajo en ese día para honrar a tan augusto Sacramento. Ni podemos olvidar el esplendor y el fervor con que el pueblo antioqueño celebró en nuestra ciudad el II Congreso Eucarístico Nacional, en el año de 1935.

V. - LA PARROQUIA COMUNIDAD DE AMOR.

Si la parroquia es una comunidad activa de culto, tiene que ser necesariamente una comunidad activa de caridad. Es el mismo San Pablo quien da la razón de esta afirmación: "Porque el pan (que es el Cuerpo de Cristo), es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos parti-

14) — "Corpus mysticum, l'Eucharistie et l'Eglise au moyen age", París, 1944, 22.

15) — "Decreto sobre el ministerio de los presbíteros", 6.

cipamos de este único pan" (16). Y el Concilio Vaticano II amonesta que la celebración eucarística "para ser sincera y plena, debe conducir a las varias obras de caridad y a la mutua ayuda como a la acción misional y a las varias formas de testimonio cristiano" (17).

La parroquia es un cuerpo viviente, un organismo espiritual que participa de la vida misma de Cristo, el cual "nos amó hasta el fin" (18), y "se entregó por nosotros" (19), y pasó "haciendo el bien y curando a todos los oprimidos" (20). Es necesario, por consiguiente, que la parroquia que es "un solo cuerpo con Cristo" cumpla lo que prescribe San Pablo: "Cada miembro está al servicio de los otros miembros" (21).

Nuestras parroquias han sido una comunidad de amor. Notemos, ante todo, que el espíritu de solidaridad que siempre ha distinguido al pueblo antioqueño se debe, en proporción muy notable, al sentido cristiano de la caridad que ha cultivado en el ambiente parroquial, en donde aprendió a compartir las alegrías y las penas, la pobreza y las comodidades, el triunfo y las vicisitudes, el agua y el pan.

Como testimonio material de esta solidaridad cristiana quedan los hospitales, los ancianatos, los colegios, las escuelas y los orfanatos y las casas para los pobres que nuestros antepasados construyeron mediante convites parroquiales, precursoras de la llamada acción comunal; los mutuos auxilios, las cooperativas y asociaciones de beneficencia, que han escrito páginas admirables de mutua caridad, por lo cual no sería exagerado aplicar a estas comunidades parroquiales las palabras de los Hechos: "La muchedumbre de los que habían creído tenían un corazón y un alma sola, y ninguno tenía por propia cosa alguna, antes todo lo tenían en común" (22).

Por lo cual, carísimos hijos, teniendo ante los ojos este balance halagadoramente positivo, no dudamos en sintetizar la vida cristiana de nuestras parroquias con las palabras de San Lucas al describir la conducta de la Iglesia primitiva: "Perseveraban en oír la enseñanza de los apóstoles, y en la unión, en la fracción del pan y en la oración" (23).

No faltó razón al Papa Paulo VI para decir en su discurso de despedida a los colombianos: "Hemos visto una Iglesia palpitante, católica en sus dimensiones universales, unificada en la comunión de fe y de caridad" (24).

16) — I Corintios X, 17.

17) — "Decreto sobre el ministerio de los presbíteros", 6.

18) — San Juan XIII, 1.

19) — Gálatas II, 20.

20) — Hechos X, 38.

21) — Romanos XII, 5.

22) — Hechos V, 32.

23) — Hechos II, 42.

24) — "Discurso en el Aeropuerto Eldorado", agosto 24 de 1963.

Recientemente el cardenal Juan Villot, prefecto de la Sagrada Congregación para el Clero, visitó nuestro país y estuvo en nuestra ciudad, en donde pudo observar personalmente la vida cristiana de nuestra Arquidiócesis. Con fecha 23 de agosto de 1968 escribió desde Bogotá una carta al Cardenal Quiroga Palacios, Arzobispo de Santiago de Compostela, de la cual entresacamos: "Cómo podría yo venir por primera vez a este continente, en el que España ha implantado tan profundamente la Iglesia, sin que mi pensamiento respetuoso y fraternal vaya a vuestra eminencia? Yo he visto aquí un pueblo cristiano. Al agradecer a Dios el haberme permitido ver esta maravilla yo le he dado gracias igualmente por el bien que vuestros compatriotas, vuestros sacerdotes, vuestros misioneros han hecho en Colombia" (25).

Pero, el recuento del valiosísimo patrimonio espiritual, que nos ha tocado en suerte heredar, quedaría incompleto si no hiciéramos alusión a la prodigiosa multiplicación de las vocaciones sacerdotales y religiosas, fruto evidente de una vida cristiana familiar y parroquial muy florecientes. Antioquia ha sido tradicionalmente un venero de vocaciones. De ello dan testimonio los seminarios diocesanos y religiosos y los noviciados de todo el país. Y esta abundancia de almas que con una entrega valiente y gozosa "todo lo han dejado" para servir al Reino de Dios y a la salvación del prójimo, sólo puede explicarse como consecuencia de una tradición religiosa, de una labor ininterrumpida a través de generaciones, de padres y sacerdotes que con sus ejemplos, consejos y oraciones lograron del Señor que multiplicara los operarios de su mies.

Es asimismo digno de mención el florecimiento del apostolado seglar, de acuerdo con las necesidades y modalidades de cada época. Cuántas asociaciones piadosas, cuántos periódicos y revistas católicos, cuántas congregaciones de obreros, artesanos y profesionales, dan testimonio de ese esfuerzo de los laicos por mantener viva la fe, operante la caridad.

No podemos olvidar el aporte inapreciable que la Arquidiócesis ha prestado a la educación. Bástenos citar, a manera de ejemplo, la Universidad Pontificia Bolivariana, orgullo de la Iglesia, esperanza de la Patria, promotora benemérita del desarrollo y del progreso, en donde han marchado del brazo la fe cristiana, la técnica y la cultura; la Escuela Normal Antioqueña de Señoritas que a la seriedad de los estudios une la formación católica profunda, sincera, piadosa sobremanera, y cuyos frutos constata agradecida la sociedad, en el magisterio, en los hogares, en el apostolado seglar y en las vocaciones religiosas. Y las Escuelas Populares Eucarísticas, enclavadas en los barrios más pobres de la ciudad, y en cuya alabanza es suficiente anotar que han alfabetizado a más de 80.000 niños y han preparado para la primera comunión a más de 15.000 alumnos.

Y para cerrar este análisis de la obra cristiana desarrollada por la Arquidiócesis en la primera centuria, es imprescindible hacer referencia al culto de la Santísima Virgen, característico de nuestros fie-

les. María, dice el Concilio Vaticano II, "después de Cristo ocupa en la Santa Iglesia el lugar más alto y a la vez más próximo a nosotros" (26). "Con su amor maternal cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada" (27).

La Diócesis de Medellín, según dijimos antes, fue puesta desde su creación bajo el cuidado de María, a quien con justo título llamamos Madre de la Iglesia. Preocupación constante de los sacerdotes que han ejercido su ministerio en esta grey del Señor, desde su comienzo hasta ahora, ha sido promover el culto y devoción de la Santísima Virgen. Cuánto haya calado en el alma antioqueña el amor filial a la Madre de Dios nos lo demuestran las imágenes de María que la piedad popular ha erigido en los hogares, caminos, oficinas públicas y privadas, plazas y veredas; el uso repetido de su nombre en la denominación de las personas; los templos y capillas levantados en su honor; la solemne celebración de las fiestas marianas y de los meses de mayo y de octubre; el cariño con que se lleva sobre el pecho el escapulario; las asociaciones y congregaciones piadosas erigidas bajo su patrocinio; las peregrinaciones a sus santuarios y, sobre todo, esa costumbre, tan cara a nuestros antepasados, del rezo diario del Santo Rosario, ora en el templo parroquial, ora en la intimidad de la familia.

Esta vitalidad evangélica, patente en la vida familiar y parroquial, en la abundancia de vocaciones sacerdotales y religiosas, en el apostolado seglar, en el campo educativo y en la devoción mariana, tenía que ser fecunda. Y como la gloria de los hijos viene en loa de la madre, es oportuno rememorar aquí las circunscripciones eclesíásticas que se han desmembrado de la Arquidiócesis de Medellín: la Arquidiócesis de Manizales y las Diócesis de Pereira, Armenia y Sonsón, cuya labor religiosa es de todos conocida, y cuyas florecientes comunidades cristianas, alimentadas con la savia procedente del tronco común, mueven a repetir las palabras de la mujer del Evangelio: "Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te alimentaron" (28).

VI - PROGRAMA PASTORAL PARA LA SEGUNDA CENTURIA

El legado cristiano que nos ha transmitido esta primera centuria es un tesoro encomendado a nuestro cuidado. Pero no podemos enterrar los talentos recibidos, sino que, como en la parábola de Jesús, es deber nuestro hacerlos fructificar.

Según las exigencias del tiempo en que nos ha tocado vivir nos corresponde ahora, tal como lo determina el Concilio Vaticano II, promover una renovación de la estructura cristiana, poner al día a la Iglesia arquidiocesana, como lo está haciendo la Iglesia universal, y hacer

26) — "Constitución Lumen Gentium", 54.

27) — Constitution Lumen Gentium", 62.

28) — San Lucas XI, 27.

una transformación en todos los campos. De acuerdo con las prescripciones conciliares hacer una revisión de los conceptos evangélicos de la vida cristiana, del compromiso bautismal, de la activa participación en la vida litúrgica, de la formación religiosa, del apostolado seglar, en fin, de todo cuanto atañe al concepto cristiano de la vida, pero sin renegar de un pasado, tan fecundo en realidades, sino mejorando y conservando ese patrimonio saturado de Evangelio, de genuina piedad, de fe arraigada. Una renovación que no puede consistir, como lo enseña Paulo VI, en cambios arbitrarios, ajenos a la mentalidad de la Iglesia.

Cuál será el instrumento indicado para tan importante labor?

La doctrina del Concilio Vaticano II necesita una aplicación local, de acuerdo con los problemas y necesidades de nuestra Arquidiócesis. Por otra parte, la II Conferencia Episcopal de la América Latina, reunida recientemente en Medellín y ya definitivamente aprobada por el Romano Pontífice, ha estudiado concienzudamente la problemática de nuestro continente y nos ha dejado un material de valor inapreciable, que debemos aprovechar.

El cauce indicado para esta tarea de renovación es el Sínodo Arquidiocesano. Por eso hemos señalado su iniciación como acto principal de la celebración del primer centenario.

El Sínodo exige un esfuerzo común de todos los miembros del Pueblo de Dios.

Del obispo, en primer lugar, a quien el Espíritu Santo ha confiado, según testimonia el Concilio Vaticano II, "el cuidado de la Iglesia particular, constituida por la diócesis, a la cual debe, como pastor propio, apacentar, enseñar, santificar y regir" (29).

De los sacerdotes, quienes por el don del Espíritu Santo que se les ha dado en la sagrada ordenación, son para los obispos "colaboradores y consejeros necesarios en el ministerio y oficio de enseñar, santificar y apacentar al pueblo de Dios" (30).

De los religiosos, quienes, "por la práctica de los consejos evangélicos se han propuesto seguir a Cristo con más libertad e imitarlo más de cerca" y merced a "la maravillosa variedad de agrupaciones tanto han contribuido a que la Iglesia no solo esté apercebida para toda obra buena, y pronta para la obra del ministerio en la edificación del cuerpo de Cristo, sino también a que aparezca adornada con la variedad de dones de sus hijos, como esposa engalanada para su marido, y por ella se manifieste la multiforme sabiduría de Dios" (31).

De los seglares, porque su apostolado "brota de la esencia misma de su vocación cristiana y el Espíritu Santo, que obra la santificación del Pueblo de Dios por medio del ministerio y de los sacramentos, da también a los fieles dones peculiares, distribuyéndolos a cada uno según su voluntad, de forma que todos y cada uno, según la gracia re-

29) — "Decreto sobre el oficio pastoral de los obispos", 11.

30) — "Decreto sobre el ministerio de los presbíteros", 33.

31) — "Decreto sobre la renovación de la vida religiosa", 1.

cibida, poniéndola al servicio de los demás, sean también ellos buenos administradores de la multiforme gracia de Dios, para edificación de todo el cuerpo en la caridad" (32).

De todas las instituciones, en fin, que con su organización, su experiencia y sus recursos humanos están en condiciones de prestar una ayuda valiosa a la obra de la renovación cristiana.

VII - LA INVESTIGACION SOCIO-RELIGIOSA

El examen que hemos hecho de la vida cristiana en la primera centuria de la Diócesis ha dado un balance positivo que demuestra que la semilla evangélica cayó en terreno abonado. Pero, toda obra, más aún cuando es de índole espiritual, es susceptible de mayor perfección. Por esto dice el Apocalipsis: "El justo practique aún la justicia y el santo santifíquese más" (33).

Por otra parte, aunque la Iglesia es divina en su origen y en los medios de que la ha dotado Dios para cumplir su misión, está, sin embargo, encarnada en los hombres y, por tanto, necesariamente sujeta a las limitaciones, debilidades y fallas humanas. Es lógico concluir, entonces, que en el campo de la pastoral hay deficiencias que debemos corregir, vacíos que debemos llenar, y por qué no decirlo también, cosas que el transcurso de los años, la experiencia y las condiciones de la época en que vivimos, nos aconsejan suprimir. Nos incumbe, además, dilatar la mirada y poner oído atento para captar los signos de los tiempos, pues, así como cada día trae su afán, de la misma manera cada época trae sus preocupaciones, a las cuales debe la Iglesia —enclavada en el tiempo y en el espacio— dar una respuesta adecuada.

Necesitamos conocer la situación real de nuestra Arquidiócesis y a ello se dirige la investigación socio-religiosa, que se ha estado llevando a cabo.

Es preciso saber lo que tenemos y, consecuentemente, lo que nos hace falta. Descubrir las necesidades, no sólo las presentes, sino en cuanto es posible con prudente previsión y atendiendo a los cambios que hoy se suceden unos a otros con vertiginosa celeridad, las de un futuro próximo. Discernir los obstáculos que interfieren la evangelización. Estudiar los interrogantes que el hombre actual se hace acerca de su origen, de su destino terreno y del que tendrá después de su muerte; del sentido del dolor y de la finalidad de los bienes materiales; interpretar las tensiones humanas, nacidas de la aspiración a una mayor justicia política y social; dar una respuesta a quienes preguntan si Dios todavía es un valor para la salvación personal y la de la sociedad; y cómo puede compaginarse una fe sobrenatural con los adelantos científicos y técnicos.

Y, por último, siguiendo la prudente enseñanza que Cristo nos da en las parábolas del hombre que quiere edificar una torre y del rey

32) — "Decreto sobre el apostolado de los seglares", 3.

33) — Apocalipsis XII, 11.

que se apresta para la guerra (34) es urgente indagar sobre el alcance de nuestras posibilidades y sobre la calidad de nuestros recursos espirituales, morales y aún económicos, para comprender la capacidad que tiene la Arquidiócesis para atender los problemas del hombre cristiano que, aunque ciudadano del cielo en virtud de la adopción divina, peregrina todavía por la tierra abrumado de angustia.

Es indicado, también, hacer un examen de conciencia para saber lo que hemos hecho y cómo lo hemos hecho; e igualmente lo que hemos dejado de hacer, y, además, lo que en adelante debemos realizar.

VIII - EXHORTACION A LOS SACERDOTES, RELIGIOSOS Y SEGLARES

Carísimos sacerdotes, pródigos colaboradores de nuestra misión pastoral; vosotros, que según la expresión de Paulo VI, sois el amor que une a las gentes de este mundo, que sois su corazón, su voz que adora y ruega, que goza y llora; vosotros que sois su expiación y mensajeros de su esperanza (35). Amadísimos religiosos que habéis renunciado todo para seguir al señor. Queridos seglares en quienes la Iglesia ha puesto la esperanza de reconquistar para el Evangelio este mundo convulsionado:

Atended generosamente a nuestro llamado. En nombre de Cristo, cuya legación me ha sido encomendada, toco a la puerta de cada uno de vosotros en demanda de colaboración generosa para presentar al Divino Salvador una Iglesia arquidiocesana "gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e intachable" (36).

El Sínodo que vamos a celebrar, como lo dijo Paulo VI del Concilio Vaticano II, "quiere ser un despertar primaveral de inmensas energías espirituales y morales, latentes en el seno de la Iglesia, y se presenta como un decidido propósito de rejuvenecimiento, no sólo de las fuerzas interiores sino también de las normas que regulan sus estructuras canónicas y sus formas rituales". Es decir, el Sínodo "pretende dar y acrecentar a la Iglesia la hermosura de perfección y santidad que sólo la imitación de Cristo y la mística unión con el Espíritu Santo le pueden conferir" (37).

Y, como lo dijo Juan XXIII en el discurso de inauguración de esa magna asamblea, es muy natural que al iniciarse el Sínodo Arquidiocesano "nos sea grato dar una mirada al pasado como para recoger sus voces, cuyo eco alentador queremos volver a escuchar unido al recuerdo y a los méritos de nuestros predecesores, antiguos y recién-

34) — San Lucas XIV, 28-31.

35) — "Exhortación a los nuevos sacerdotes", Bogotá 22 de agosto de 1968.

36) — Efesios V, 7.

37) — "Discurso de apertura de la II sesión", septiembre 29 de 1963.

38) — "Discurso" del 11 de octubre de 1962.

tes... Voces que proclaman con fervor perenne el triunfo de esta institución, divina y humana, que es la Iglesia de Cristo, de quien ha recibido el nombre, la gracia y el significado" (38).

Permitidme para terminar que haga más las palabras de San Pablo a los Filipenses:

"Esta es nuestra confianza en Cristo Jesús: que el que ha inaugurado entre vosotros una empresa buena la llevará adelante hasta el día de Cristo Jesús. Realmente tengo derecho a poner mi ilusión en vosotros, porque os llevo en el corazón y compartís mi gracia... en la defensa y prueba del Evangelio. Testigo me es Dios de lo entrañablemente que os quiero en Cristo Jesús. Y ésta es mi oración: que vuestra comunidad de amor siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad para apreciar los valores. Así llegaréis al día de Cristo limpios y responsables, cargados de frutos de justicia por medio de Cristo Jesús, para gloria y alabanza de Dios" (39).

Que la Santísima Virgen María, la Purísima e Inmaculada Madre de Dios y de la Iglesia, que tomó bajo su cuidado a la Diócesis en el momento mismo de su inauguración; Ella que ejerció con su Hijo el oficio de Virgen fiel, pues, habiéndolo recibido del Padre en la gruta de Belén sólo consideró cumplida su misión cuando se lo devolvió triunfante de la muerte al pie de la cruz, continúe mostrando que es nuestra Madre, nos prepare el camino, nos lleve de su mano y nos muestre en la celebración sinodal a Jesús, el fruto bendito de sus entrañas.

39) — Filipenses I, 6-8.